

á la Ciudad Santa, decaída de su antigua grandeza, desierta y ruina, por escabel la tierra. Los descendientes de los macabeos afilan sus espadas porque le esperan sentado en carro de nubes, precedido del relámpago, seguido del trueno, acompañado del rayo, pronto á precipitar en los abismos á los enemigos de Israel. Y tantas esperanzas se cumplen, y tantas profecías que pasaban como aves agoreras por el cielo del espíritu humano, se realizan. El que había de venir, viene; el que había de llegar, llega. Pero no viene ni el sabio que esperaban unos, ni el rey que esperaban otros, ni el guerrero que los mas esperaban; sino el varon pobre y humilde, que acepta nuestras grandes desventuras y las santifica, y tiene frio en el establo, hambre en el desierto, tentaciones en la soledad, dolor al apurar las heces de su cáliz; amigos que lo niegan, discípulos que lo venden, pueblos que lo injurian, soldados que lo hieren, tristeza sobre todas las tristezas cuando desfallece su cuerpo bajo los desgarradores clavos de su cruz, y se exhala su último aliento de sus labios amargados por la hiel de todos los dolores juntos: que el que ha de redimir la conciencia humana no pertenece á los fuertes sino á los débiles, no á los opresores sino á los oprimidos, no á los tiranos sino á los esclavos, como destinado por el Eterno á avivar con su vida la caridad y el amor, á matar con su muerte la opresion y la servidumbre. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

El Cristianismo no es solamente una nueva religion, es una nueva vida. No ha venido de improviso; pues era necesario que estuviese apercibida la conciencia humana por una larga preparacion providencial á recibirlo en su seno. Todo lo que debia transformarse para este gran momento, se habia transformado. Todo lo que debia morir, habia muerto. Una larga educacion religiosa, filosófica, politica, habia preparado el espíritu humano á recibir la verdad. Dos razas principales se dividen el mundo en esta gran crisis de la historia. Estas dos razas eran como dos organismos de dos grandes ideas. Las razas á que me refiero eran la raza semítica y la raza indo-europea, antinomia de la historia. La primera en sus desiertos, por medio del pueblo hebreo, que era como su sacerdote, conservaba pura la idea de la unidad de Dios; la segunda á la orilla de sus mares y de sus rios, entre sus bosques y sus selvas, habia comprendido y abrazado, en virtud de su filosofia, que representaba Grecia, y de su derecho que representaba Roma, la idea del hombre. El cristianismo debia armonizar esta grande antinomia en una síntesis. A este fin la raza semítica le ofreció su

religion, la raza indo-europea su ciencia. Miéntas Isaías, Daniel, Zacarías, Agías, son los profetas de la fé; Sócrates, Platon, Aristóteles, son los profetas de la razon y de la ciencia. Los profetas hebreos preparan, en virtud de su ministerio divino, la conciencia religiosa á recibir la buena nueva. Los filósofos griegos providencialmente van acercando la ciencia á los altares del Dios-espíritu. Señores, ante este maravilloso espectáculo, admiremos con religioso entusiasmo la ley providencial que rige toda la historia. El postrer sacerdote del antiguo templo, el pueblo judío, daba una nueva religion á la vida, y el lictor del nuevo templo, el pueblo romano, abria paso con sus haces entre las naciones, para que esa nueva religion llegara á triunfar en el espíritu de la humanidad.

Consideremos un instante la crisis de la idea semítica y de la idea heleno-latina en esta edad decisiva de la historia. El gran representante de la raza semítica, señores, sin duda alguna es el pueblo hebreo. Su destino fué conservar la raíz de la vida, la idea de la unidad de Dios. Pero olvidado de este destino superior por el cántico del paganismo, que resonaba de continuo en sus oidos, estuvo á punto de contrariar el fin providencial de su vida. En tal sazón fué arrancado á sus hogares y á su templo, y con la cadena al pié y atadas las manos á las espaldas, conducido cautivo á Babilonia. En su desgracia renació su fé, y con su fé otra virtud no ménos grande, su esperanza. Por obra milagrosa de esta esperanza veia de continuo venir el Mesías por los celajes de Oriente. A esta idea se unia la nostalgia, ese dolor por la patria ausente, que es uno de los dolores mas vivos que pueden rasgar el corazon humano. Al viento que pasaba, á la golondrina, á la cigüeña, les decia el pueblo cautivo que bebieran los aromas de las rosas de Jericó, que bañaran sus alas en el torrente Cedron, que suspendieran un momento su vuelo sobre el mar de Joppé, y que al cruzar entre las ruinas de sus templos y las piedras diseminadas del santuario en cuyas aberturas vegetaban las ortigas y anidaban los buhos, al rozar el polvo donde dormían las cenizas de sus padres, derramaran allí un eco del lamento de los hijos de Israel, mas largo y estridente que el eterno sonido de sus cadenas. Así es que el único refugio del corazon dolorido del pueblo era la esperanza en su Mesías. Concluida la esclavitud babilónica, empezó de nuevo una educacion religiosa para aquel gran pueblo. Sus sacerdotes pusieron mayor empeño en apartarlo del contacto del mundo para que no volviese á caer en la idolatría. De aquí provinieron los fariseos, que se-

paraban á Israel de todos los pueblos y lo aislaban en el santuario. Su espíritu pendía de la Sinagoga como la fruta del árbol. A esta secta pertenecieron los Macabeos. Los saduceos, en cambio, que se levantaban frente á frente de los fariseos, trataban de unir el pueblo judío con todos los pueblos, y de enseñar su único Dios á todos los dioses, para que todos le prestaran acatamiento. Estos desmentían la historia de su raza. De ellos fué Caifás, de ellos Josefo. Pero estas dos tendencias, aunque tenían mucho de extremas, tenían mucho de saludables. Ambas á dos se compensaban en ese equilibrio del instinto de conservación con el instinto de progreso, que forma la armonía de la vida. Sin los fariseos, la idea de Israel se hubiera perdido en sí, al paso que sin los saduceos se hubiera perdido para el mundo. Los unos conservaron la luz, pero los otros hicieron que la humanidad la descubriera como un faro encendido por Dios á la entrada del puerto que le reservaba en su amor. La idea de Dios había sido la idea de un pueblo; era necesario, pues, que fuese la idea de la humanidad. A este fin nada podría conducir como la unión de las dos razas que se dividían el mundo; de la raza que poseía la idea de Dios, y de la raza que poseía la idea del hombre. Pero ¿en qué camino podrían encontrarse estas razas? El genio que ocurrió á esta necesidad, fué Alejandro. Su espada abrió á golpes las puertas de Oriente, que había sido como un templo inexplorado é inexplorable. La Isis oriental perdió su espeso velo de sombras entre las atrevidas manos del jóven conquistador. Las ruedas de su carro, donde iba como una condensación del genio de Grecia aparecida en Asia, señalaban con sus huellas el camino por donde podían encontrarse las dos razas. En efecto, los hebreos iban llamados por una vocación divina á Jerusalem, la ciudad de la teología; los hebreos á su vez iban á Alejandría, la ciudad de la ciencia. Por esta comunicación misteriosa de dos razas, se compenetraban y se confundían dos ideas. La idea divina y la idea humana pugnaban por encerrarse en una síntesis luminosa. Los hebreos animaban la metafísica griega con la idea de Dios. Los griegos despertaban una filosofía judaica al lado de su antigua teología. Los unos revelaban su Dios único, los otros sus logoi platónicos. Así se producía un movimiento religioso que iba á buscar instintivamente la luz del Cristianismo. Y cuando todo estaba preparado, cumplidas todas las profecías, realizadas todas las divinas promesas, maduro el espíritu humano, apareció Jesus, que venía á levantar sobre las castas, sobre las razas, sobre la frente de todos los pueblos, la religión universal del espíritu.

Los primeros cristianos hijos de la Sinagoga no alcanzaban el sentido universal, la trascendencia humanitaria del Cristianismo. No comprendían que así como los apóstoles dejaron de predicar á los sacerdotes y á los sabios para predicar á los ignorantes y á los humildes, el Cristianismo dejaba de ser la religión de una raza para convertirse en la religión de la humanidad. Los primitivos cristianos practicaban las ceremonias de la antigua ley, creyendo que la Sinagoga era aún su templo. De aquí la confusión primitiva de los cristianos y de los judíos. Mas, á predominar tal sentido religioso, el Cristianismo se convirtiera en una de esas sectas que se perdían en los desiertos de Palestina, como los esenios, como los ebionitas. El primero que protestó contra este aislamiento de la idea cristiana fué San Estéban. Los fariseos, que por algún tiempo halagaron á los cristianos, despues de haber crucificado al fundador del Cristianismo, por creer que les auxiliarian en la sublevación que premeditaban contra Roma, se indignaron, é hicieron del jóven apóstol el primer mártir de la buena nueva, sacrificado á un mismo tiempo en aras de la causa de la humanidad y de la causa de Dios. Mas era preciso atraer al pueblo judío á la nueva idea. Poseído este de grosero materialismo, no creía que Jesucristo fuese el Mesias, porque Jesucristo no había tenido mas trono que su cruz, ni mas diadema que su corona de espinas. Imaginaba que el jefe de una religión verdadera debía ser el jefe de los reyes. Tal error anda aún hoy en valimiento. Aún se cree que no puede ser pontífice de la religión cristiana el sumo sacerdote que representa su unidad, si no lleva una frágil corona de rey, calcinada ya por el rayo de nuestras grandes tempestades revolucionarias; error grosero que está condenando á voces la historia inmortal del Cristianismo. [Aplausos.] Los judíos, pues, algo semejantes á nuestros neo-católicos y tradicionalistas [risas,] creían que Jesus no era salvador porque Jesus no era rey. Eñtonces los apóstoles comenzaron á ponerles delante de los ojos la segunda venida del Salvador sobre las nubes que relampaguearian gloria y majestad. Prescindiendo de las causas universales, esta fué principalmente la causa ocasional del Apocalipsis de San Juan. Las grandes profecías apocalípticas nacen despues del cautiverio de Babilonia. El mas grande entre los profetas apocalípticos antiguos es Daniel. Su pensamiento está fijo en la venida del prometido al pueblo judío, del Mesias, que aparecerá despues de la caída de cuatro monarquías, cuyas ruinas ve Daniel rodando por el polvo. Estas creencias apocalípticas en las cuales se muestra el influjo que el mazdeísmo ha ejer-

cido sobre los cautivos de Babilonia, eran el alimento del pueblo judío el alma de sus esperanzas. La gran tradicion apocaliptica se abre con el anuncio de la primer venida del Mesías por Daniel, y se cierra con el anuncio de la segunda venida del Mesías por San Juan. Yo bien quisiera poder hablar del Apocalipsis, y evocar aquí sus imágenes gigantescas, sus cuadros asombrosos. Para pintar este libro necesitaria el pincel de Miguel Angel; para hablar de él necesitaria la tempestuosa elocuencia del Dante. Atended, señores. El silencio se estiende sobre el Universo; calla la música que forman las estrellas en sus misteriosos círculos y el rumor que como religiosa plegaria elevan á las alturas todas las cosas; Cristo inclinado sobre el abismo de los infinitos espacios arranca al misterioso libro sus sellos que guardan el secreto destino de los mortales; y al romper el primero se alza la conquista que somete á todos los pueblos bajo sus hierros, y al romper al segundo la guerra que los anega en sangre, y al romper el tercero la peste que los diezma, y al romper el cuarto el hambre que los aniquila; hasta que un huracan inmenso, universal, que arrastra en sus torbellinos los mundos como el viento del otoño las hojas secas, rolla como un pergamino los cielos, ennegrece el sol, ensangrienta la luna, sumerge las islas en las entrañas de los mares, desgaja los montes, despierta á Satanás, que, agitando sus negras alas, rueda, poseido de epiléptica risa, al rededor de la universal destruccion, como un murciélago de esta última noche del mundo; caos de lágrimas, de dolores, de voces iracundas, de rechinamiento de dientes, de monstruos, de esqueletos que van buscando en los desconcertados planetas los filamentos de sus carnes; caos, sobre cuya hirviente materia los ángeles esterminadores vierten la copa de sus divinas iras y blanden sus espadas largas como sangrientos cometas; pero caos, del cual se levantan como la luz sobre la tempestad, los elegidos, los mártires, agitando sus palmas en las manos, subiendo en pos del cielo en que brilla la Virgen misteriosa, vestida del sol, calzada de la luna, ceñidas las sienes con una diadema de doce estrellas, inundada de místicos resplandores; y mas allá el arca de la alianza, la Jerusalem celeste, de jaspero y de cristal, á cuyos piés corre cristalino y trasparente como en el Paraiso el rio de la vida; y sobre todo el trono altísimo que guarda al Eterno Sér, envuelto en los arreboles de la luz increada, y en cuya presencia los ángeles, los querubes, los serafines, los arcángeles, pulsando sus arpas, batiendo sus alas, entonan un hosanna infinito, cuyos ecos inundan de alegría toda la gloria y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconcilia-

cion de las criaturas con su amoroso Creador. [Ruidosos y prolongados aplausos.]

Pero á fin de llamar á la verdad á los que se perdian en el antiguo templo, y comprometian el depósito de la religion cristiana, suscitó Dios el gran genio, el apóstol de los gentiles, San Pablo. Su conversion fué el milagro de la fé, el milagro que resucitaba, no un cuerpo muerto como el de Lázaro, sino un alma corrompida por los errores del fariseismo. Esta conversion hizo de aquel judío egoísta, que miraba con recelo á todos los pueblos, el hombre-humanidad que estrechaba contra su pecho todas las razas, y las llevaba al pié de los altares del Cristianismo. Era necesario sacar la luz del antiguo templo, é iluminar con sus resplandores el alma de todas las gentes. ¡Qué grande se muestra en el cumplimiento de esta obra San Pablo! Los apóstoles conocieron á Jesus, y unos le negaron y otros le vendieron, todos le abandonaron en las horas de la persecucion. San Pablo, su enemigo, desde que le vió en espíritu, desde que le conoció en su idea tan grande como su vida, le fué fiel hasta la muerte, hasta el martirio. Detengámonos un instante en presencia del Apóstol, con todo el recojimiento que pueda inspirarnos cuanto hay de grande y de divino en el hombre. En su fé habia mucho del carácter semita, en su elocuencia écos de la palabra griega en la universalidad de sus pensamientos todo el ideal romano. En Atenas fuera platónico, en Alejandría gnóstico, en Roma estóico, y en Jerusalem fué fariseo. Su grande alma, nacida para los altos pensamientos, para los infinitos amores, se inclinaba siempre á las ideas absolutas, extremas, únicas que pueden formar la atmósfera de los fuertes caracteres. Convertido ya aquel hombre extraordinario, que habia derramado sangre cristiana, la nueva idea penetró con fuerza en su conciencia, prendió en ella, avivó su corazon y le obligó á buscar al judío, al griego, al romano, al asiático, para revelarles la fé que ardía en su inteligencia el amor que abrasaba su corazon. Su espíritu era uno de esos que han nacido para la controversia, para la propaganda, y que no pueden contenerse, y se desbordan sobre el mundo para avivar con su vida todos los espíritus. El genio de la predicacion nació con él, y le movía á ir errante de nacion en nacion, como si no tuviera ni mas patria ni mas hogar que su idea, ni mas madre ni mas hijos ni mas familia que la humanidad entera. De esta suerte iba á la Siria donde los dioses griegos se trasformaran, y enseñaba la trasfiguracion de la humanidad en el Calvario; á la Arabia, á hablar al pueblo nómada á la

entrada de sus tiendas del Dios de sus padres; á Chipre, en cuyas espumas naciera Venus, á ahogar el amor pasajero del sentido en los resplandores del amor del alma; á Efeso, á callar los oráculos con el grito de la fé que exhalaba la conciencia humana; á Atenas á decir á los griegos que el Dios desconocido debía llenar el antiguo templo, porque se acababa de revelar con toda su grandeza; á Jerusalem, á anunciar á aquel pueblo su ruina en castigo de su ceguera; al desierto á domar con la maceracion y la penitencia el tumulto de sus pasiones; al mundo todo á reconciliarlo en un abrazo infinito con su Dios. En San Pedro predomina el sentido semítico, porque Dios le destinaba al sumo sacerdocio de su Iglesia y á fundar su gran magistratura, y á convertir el Oriente; en San Juan predomina el sentido griego, porque Dios le destinaba á llevar al pié de sus altares la sirena de las naciones, la Grecia; pero en San Pablo predomina el sentido romano, ó mejor dicho, universal, como si Dios le hubiera destinado á verter el agua del bautismo sobre todas las razas. (Prolongados aplausos.)

Señores, el sentido humanitario de San Pablo debía levantar grande oposicion entre los que aun creian en la virtud y en la fuerza del judaismo. Estas luchas, estas oposiciones, indicaban la vida que latia en la conciencia regenerada de aquellos hombres cuya sociedad para los judíos era una secta, y para la historia una Iglesia. Miétras los cristianos agitaban así los mas grandes problemas que pueden interesar á la conciencia humana, el silencio reinaba sobre el paganismo, el silencio, ese compañero del frio de la muerte. Pero estas luchas entre los primeros cristianos cesaron desde el punto en que se oyó la voz de la Iglesia en el primer concilio. La autoridad de la nueva fé habia sido confiada á Pedro. Y la solucion de todas las grandes cuestiones que agitaban la conciencia de los cristianos á la Iglesia universal. Una vez oída la voz de la Iglesia en el Concilio de Jerusalem, la paz reinó entre los cristianos. Hay un libro admirable en estos primeros tiempos, que nos enseña manifiestamente la paz de los espíritus; y es el libro de las Actas de los Apóstoles. Mas era necesario un ángel de luz que coronara el gran siglo apostólico, y llevara al cielo las lágrimas de tantos mártires, las oraciones de tantas almas puras; y en tan sublime instante reapareció San Juan, que en la isla de Patmos, en los mares griegos, donde resonaba el cántico de la sirena escondida en las ondas, donde aún se veian por los celajes del horizonte las formas seductoras de las antiguas diosas, entre aquella riente naturaleza, elevó la idea del Verbo sobre el nuevo altar del

Cristianismo, coronando así el mas grande entre los siglos, esa época que comienza con las primeras palabras de Cristo y concluye con las últimas palabras de San Juan. Y contemplad, señores, la gradacion misteriosa de las ideas. San Pedro explica la ley, las relaciones del Cristianismo con lo pasado; San Pablo la fé, la universalidad del dogma; San Juan el Verbo, la divinidad del dogma. En San Pedro predomina ese gran sentimiento de conservacion propio de la autoridad sagrada que funda la vida, que inicia en la historia. En San Pablo se ve ese instinto de progreso, ese amor á la humanidad, ese inquieto sentimiento de propaganda que va á llamar á la comunión de la nueva idea á todas las gentes. San Juan corona con el Verbo toda esta gran transfiguracion religiosa. Todos los evangelistas anteriores nos habian mostrado principalmente la vida de Jesus en el mundo, y San Juan nos muestra la vida de Jesus en el cielo. Miétras San Mateo comienza su Evangelio dándonos la genealogia de Jesus, y San Lucas descubriendo su encarnacion y su nacimiento, y San Márcos su bautismo, San Juan nos habla del Verbo que fué antes que fueran los abismos del espacio, que llenó la eternidad con su esencia, increada palabra, eterno ideal y eterno instrumento de la creacion, de la inteligencia, vida de la naturaleza. Por estas misteriosas ideas la humanidad se levantaba del polvo, y aspiraba á su unidad, y se unia á Cristo como. Cristo está unido á su Padre, union que era el ideal del Evangelio.

Pero ¿de qué suerte se conmueve la conciencia pagana con el anuncio y la venida del Cristianismo? Es indudable que ántes del cristianismo hay un oscuro movimiento religioso producido por esas esperanzas mesiánicas no bien aclaradas en la conciencia humana. Es indudable que ese movimiento sigue, se aumenta, despues del Cristianismo, y toma algunos de sus principios, y los confunde con las tendencias de las antiguas religiones, como si la idea pagana ofuscada por la nueva deslumbradora luz no comprendiera bien la revelacion que iba á ser el alimento del espíritu. El Oriente se debía conmover al recibir la doctrina cristiana. Esta impresion hecha por la nueva idea en su conciencia, aún no resuelta á dejar sus símbolos y sus doctrinas, se llama gnosticismo. Como no es un sistema, como no es una idea incondicional, sino una sensacion, la sensacion que produce en el alma panteista del Oriente el Cristianismo, la gnosis, como toda sensacion, es varia, múltiple, y de mil distintas formas. Ya sabeis, señores, el estado en que se encontraba el mundo al aparecer el Cristia-

nismo. El Oriente habia dado á la historia la idea de Dios; pero sin separarla de la naturaleza. Solo el pueblo judío, que es una escepcion en la historia oriental, llegó al monoteísmo puro. Grecia habia dado la idea del hombre; pero ofreciéndola principalmente en la hermosa esfera del arte. Roma habia dado la unidad al mundo, pero la unidad material: El Cristianismo sobre el Dios naturaleza del Oriente elevó el Dios-espíritu; sobre el hombre Griego el Verbo divino; sobre la humanidad material romana la unidad moral, la unidad inquebrantable del linaje humano. La antigüedad dió de sí tres sistemas filosóficos que preparaban el mundo antiguo á recibir la idea cristiana. Estos tres sistemas miraban á tres regiones por esas misteriosas armonías que hay entre el espíritu y la naturaleza. La filosofía mística de Platon miraba á Oriente, la filosofía humana de Aristóteles á Grecia, la filosofía moral de los estóicos á Roma.

El espíritu humano buscaba el Cristianismo. Y vino, y para rechazarlo se congregaron todas las sectas, todas las filosofías, en las creencias gnósticas. El Oriente, herido con la nueva luz, no queria desaharla; pero tampoco queria renunciar á sus creencias, á sus templos, á sus dioses, á su larga y esplendorosa mitología. La sencilla y moral doctrina cristiana no alcanzaba á llenar el abismo de su alma como lo llenaban las gerarquías de sus ángeles y los coros de sus esfinges, y los ejércitos de sus dioses que poblaban los aires, y brillaban en los astros, y cantaban en las selvas, y como la brillante luz del sol jaundaban toda la naturaleza. Así es que el gnosticismo ideaba no la oposicion de la idea cristiana; ideaba una síntesis universal en que el Cristianismo entrara como entra un término en la série, un eslabon en la cadena. Tal idea era peligrosísima, porque quitaba al Cristianismo la fuerza espiritual en cuya virtud redimia al hombre y lo alzaba del seno de la naturaleza donde el espíritu estaba dormido é inconsciente, á manera del feto en las entrañas maternas. Pero por virtud de su misterioso sincretismo, las doctrinas gnósticas ofrecian á la nueva idea todo lo que la humanidad habia creído y amado y lo ofrecian como en holocausto. Examinadlas si es que podeis hallar una idea que os ilumine, y vereis en ella el Dios hebreo en su majestuosa soledad, la lucha de los ángeles de luz y de los ángeles de tinieblas; los dioses griegos, las armonías pitagóricas, el misticismo platónico, la moral esenia, el espíritu universal de los estóicos, unido todo á no sé qué suerte de reminiscencias cristianas que brillan como relámpagos entre tantas y tan diferentes y tan dispersas ideas. Algunos gran-

des pensadores antiguos resistian á esta confusion de todas las ideas, á este caos arrojado en el inmenso seno de un mundo que dormia tranquilo al pié de sus altares. Pero en el espíritu como en la naturaleza hay sus grandes cataclismos y catástrofes. La tierra anduvo como un cometa errante por los espacios infinitos; perdió fuego, calor en su carrera, y se enfió su corteza; y surgieron los montes; y se precipitaron de la candente atmósfera en torbellinos gigantescos las aguas, que al caer encendieron una tempestad inmensa en lo infinito, exhalando corrosivos gases; y se abrieron abismos donde rodaban los hirvientes océanos; y despues de esta guerra inmensa, universal, de estos dolores intensísimos del planeta en los amorosos lechos donde el agua y la tierra se mezclaban, formando el humus, el terreno vegetal, surgian las selvas gigantes que despedian de sus hojas el oxígeno y purificaban la tierra para que pudiese desplegar todos los matices de la vida y ser un dia digno templo del espíritu. [Aplausos.] Por caos, por cataclismos, por tempestades semejantes pasa el espíritu humano para allegar sus ideas. Las escuelas gnósticas que semejabán un torbellino de ideas, eran como el exámen de conciencia que hacia la antigüedad, como el recuerdo de toda su vida ántes de entregarse al Cristianismo. Parecia que Dios, inclinándose sobre el caos moral, como el primer dia de la creacion se inclinara sobre el caos material, queria ver pasar ante sus ojos en este instante supremo todas las religiones que habian llenado la conciencia humana, todas las ciudades depositarias de esas religiones; los dioses indios, antiguos progenitores de los dioses griegos, perdidos en las selvas, en los mares; las esfinges tebanas que llevaban escritas en sus frentes las ideas de los primeros tiempos de la tierra; el sol de Persépolis brillando entre nubes de incienso; las divinidades misteriosas de Babilonia que anotaban su libro de oro la música de las estrellas; los cocodrilos de bronce, las tortugas de granito, las serpientes de los Medas; los genios de la luz y de las sombras á cuyas batallas asistian los persas; Corinto con su diadema de acantho cincelada en mármol por los grandes Escultores; Atenas rodeada del coro de sus poetas que prorrumpian en himnos sin fin, Jerusalem con su santuario, temblando y en el polvo confundida, gran cenobita de la historia; las divinidades sabinas y estrucas, protectoras de los patricios romanos, y los dioses latinos que amparan á los plebeyos; Alejandría alzando al cielo todos los pensamientos que han cruzado por la mente humana; el Panteon con todos los dioses fugitivos y errantes; el mundo antiguo que se desvanece como el humo de una

gran hecatombe ante los altares del Cristianismo. (Entusiastas aplausos.)

No habia remedio, el antiguo mundo se modelaba de suerte que era ya hora de que apareciese la idea cristiana y cayera como un rayo de luz celeste sobre la antigüedad, anhelante de una renovacion religiosa. En los dos siglos anteriores á Cristo la teología judía reanimaba las esperanzas del pueblo en un Mesías. Los esenios y demas sectas no se apartaban del judaismo, mas renovaban el sentido moral. Los judeo-helenos iban á Alejandría y volvian á Jerusalem con nuevas ideas metafísicas. La ciencia realizaba una síntesis superior, en que el Oriente y Grecia se confundian. Sobre las rivalidades de razas y de pueblos se levantaba la idea de humanidad, que Roma instintivamente depositaba en sus legiones, destinadas á abrir en la tierra surcos profundos para esa nueva vida. He nombrado á Roma, he nombrado á Alejandría, y puedo asegurar que no me seria posible continuar sin poner delante de vuestros ojos el paralelo maravilloso de esta edad de la historia, la armonía entre la filosofía y la historia, entre la ciencia y la vida, entre el espíritu y la naturaleza, entre la idea y el hecho se ve clara, manifiesta en estas dos grandes ciudades, la una destinada á condensar el espíritu filosófico de la antigüedad, destinada la otra á condensar su espíritu político. Jerusalem tenia la unidad de Dios en su santuario; Alejandría la unidad del espíritu en sus academias; Roma la unidad del mundo en su derecho; la una habia sido como el sacerdote, la otra como la sibila, y la otra como el licitor, destinadas las tres á preparar las vías á la gran idea cristiana. Al movimiento metafísico y religioso acompañaba el movimiento jurídico y político como en demostracion de que la historia no es mas que la gran lógica en cuya virtud se desarrollan las ideas. Así Roma traia la unidad humana al mismo tiempo que el Cristianismo traia la unidad religiosa, divina. Roma conquistaba el mundo con su espada, el Cristianismo con su doctrina. Roma daba á la humanidad un solo cuerpo, el Cristianismo un solo espíritu. Roma llamaba á todos los pueblos á un hogar, el Cristianismo á un templo. Roma reunia el espíritu político de los orientales y de los griegos en sus síntesis humana; el Cristianismo las ideas fundamentales de la vida, Dios y la humanidad en su síntesis divina. Roma traia el nuevo derecho y el Cristianismo predicaba la nueva teología. Roma sellaba el libro de los antiguos códigos, y el Cristianismo el libro de las antiguas teogonías. Roma que solo presentaba una necesidad de aquel momento descen-

dia del Capitolio, y el Cristianismo que representaba la eterna idea de lo infinito subia al Capitolio con los coros de sus doctores y de sus mártires. La serpiente del Paraiso, el Dios-naturaleza, dejaba sus vestiduras, y al transformarse por última vez moria. El Dios Espíritu se levantaba como nuevo sol de la nueva vida; adoremos, señores, la ley providencial que rige toda la vida, toda la historia. [Aplausos.]

Roma, que habia preparado la nueva civilizacion, moria en aras de la misma civilizacion que preparara. El nuevo licor quebraba la antigua vasija. La nueva brillante luz hacia estallar la vieja lámpara. Roma espiraba. Caida la aristocrática república por no haber acertado á cortar el nudo del problema social; convertido el antiguo derecho en recuerdo que se perdia en la mente de aquellos hombres, ni aptos para la libertad ni aptos para la servidumbre; los emperadores, que heredaran el poder de manos de la aristocracia, corrompian á los ciudadanos para mas aparejarlos á la obediencia; aniquilaban á la nobleza, ya sin ejércitos, sin curias, untada de nardos, ceñida de femeniles vestiduras, acostada como ébria en su triclinio; soltaban á los soldados, gente por su naturaleza lisenciosa, que discurría á su grado por calles y plazas maltratando á los patricios, vociferando palabras mal sonantes en los oidos de las matronas, atreviéndose á la agena hacienda, y oprimiendo á todos, convertidos en bestias por la degeneracion en violencia de aquel valor que les hiciera en otros tiempos reyes de la tierra; y el único refugio que en aquella sociedad quedaba á las viriles virtudes necesarias á los ciudadanos de los estados libres, el pueblo, alimentado por el trigo de la Annona, bien hallado con ver vencidos á sus eternos enemigos los patricios, divertidos con naumacias, circos, teatros, juegos, carreras, no se acordaba de sus antiguos derechos; de suerte que los ciudadanos de la mas humanitaria de las ciudades del mundo, reunidos en aquel foro, cuya tierra sacratísima estaba formada del polvo de los huesos de tantas generaciones heroicas, en aquel foro donde se levantaban los teatros de Balbo y de Pompeyo, el monolito egipcio de color de rosa, el Panteon en cuyos chapiteles de bruido acero reverberaba el sol de cien combates, el bosque sagrado en que dormian las cenizas de Escipion, el monte Vaticano, la colina de Júpulo, sitios todos sagrados por donde erraban las sombras de los antiguos héroes, de los conquistadores del mundo; reunidos, decia, en aquel foro, cuyo recuerdo debiera ser parte á avergonzarlos y confundirlos, eran turba de cortesanos, manada de eunucos: que cuando falta la libertad, este principio sacratísimo que no en

vano entusiasmo nuestros corazones y enardece nuestra sangre, cuando falta la libertad, los pueblos mueren en la corrupcion y el envilecimiento; y por eso todas las generaciones capaces de elevarse á la idea de justicia, todas las generaciones predilectas de Dios, han preferido siempre la libertad de su espíritu á la triste vida de la deshonrosa esclavitud. (Redoblados aplausos.)

Así, señores, aquella Roma, falta de libertad, se entregaba á emperadores que eran como los gusanos nacidos de la podredumbre. Nerón fué sacrificado porque la ciudad eterna se cansaba de tantos y tan vivos placeres. Galba, viejo, avaro, proclamado en los campamentos, intentó una reaccion aristocrática, y fué á morir en el cieno del Tíber. Othon, personificación del epicureismo, que no supo vivir, murió con gloria, como si imagen de su sociedad, solo quisiera la muerte. Vitelio, que era el desenfreno de todos los vicios, y entre todos el de la gula, fué exaltado al trono en una taberna, recluido en un comedor ó triclinio, muerto entre su cocinero y su carnicero, no sin que se vengara de Roma, diciéndole: "y yo he sido tu amo." [Risas y aplausos.] Vespasiano, aclamado por las legiones de Oriente, recibido en palmas por los sacerdotes egipcios, enemigo irreconciliable de la aristocracia romana, era la sombra del gnosticismo en aquel trono, que dejó á Tito, jóven virtuoso, pero triste, como si supiera que su virtud era su desgracia, pues murió por asechanzas de su hermano Domiciano, último César que representa esta fase del imperio, y que todo lo corrompió, el ejército con grandes complacencias serviles, la aristocracia con grandes humillaciones, el pueblo con grandes orgías, el mundo entero con su gran poder: que no se entrega el mundo á la autoridad de un solo hombre, al silencio del pensamiento, al ocio de la voluntad, á la pérdida del derecho, sin hundirse en el vicio, amargo fruto de la servidumbre. [Entusiastas aplausos.]

Miremos un momento el estado del mundo conocido en este tiempo de los romanos. Al Occidente, en la tierra donde el sol se pone, habitaban los iberos y los celtíberos, gente guerrera que luchára tres siglos con Roma y que cayera, mas que á los filos de las espadas romanas, al incontrastable peso del destino; mas al Norte, los galos, ferocísimos, indómitos, adoradores de las generaciones que fueron, cuyas voces creían oír en los rumores de las selvas, cuyas almas creían ver en las ráfagas del viento; invencibles en el ataque, débiles en la resistencia, caidos bajo el poder romano despues de ocho sangrientos combates; en los desfiladeros de los Alpes, las avanzadas de los pueblos bárba-

ros, que veían desde las blancas crestas de sus montañas, á un lado los bosques y las llanuras del Norte, á otro, convidándolos con su hermosura á la depredacion, Italia y sus riberas; y así cuando los horizontes se enfurecían y se enroscaban las olas, descendían á merodear por los campos, á piratear por los mares: al oriente de Italia, Grecia, agotada como el paganismo, exhausta como la conciencia del antiguo mundo, sin un hombre libre en el Epiro, sin un Dios en el Eta, sin una flor en la Arcadia, sin una escuela en Atenas, sin un oráculo en Delfos, sin un sacerdote bajo las sagradas encinas de Dodona, sin un Fidias que animara sus mármoles, sin un Homero que llenara de cánticos sus aires, teniendo solo floreciente á Cerintho que se alzaba entre sus dos mares como una de esas columnas que se mantienen milagrosamente anhiestas en las ruinas de los antiguos templos. [Aplausos:] entre Grecia é Italia, Sicilia, tambien desolada porque las guerras púnicas despoblaron las costas que miraban al Africa, las guerras romanas las costas que miraban á Europa, las guerras serviles al centro de la isla: en los muros de Oriente, Creta, anillo imperial entre Asia y Grecia; tierra sagrada donde los antiguos dioses dejaron la tosca larva oriental y se vistieron las humanas formas para subir vencedores al Olimpo; tierra de los misterios despoblada y solitaria como todas las regiones que han cumplido su destino histórico y no representan ninguna esperanza, ningun progreso en el mundo: entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, el Asia menor dividida por el Haliso, en cuya ribera oriental habitaban razas siro-árabes, y en cuya ribera occidental habitaban razas indo-europeas, los pueblos músicos de la antigüedad, los que dieron el caramillo á Pan, la cítara. Apolo, su delirante cántico de amor á Safo, cántico que no pudieron apagar las amargas aguas de Léucades: entre el mar de Chipre y el Eufrates el imperio sirio, gran semillero de razas: en el interior de Asia, el solitario entre los pueblos, el judío llorando sobre las ruinas de su templo, sobre la dispersion de sus hijos, abandonado de su Dios que la palabra de unos pobres pescadores habia robado del fondo del santuario, herido por el rayo: al norte de Africa el pueblo egipcio, petrificado como sus momias, cuya reina Cleopatra acababa de encerrarse en un sarcófago la última sombra de la teogonía del Oriente: á lo largo de aquellas tierras africanas, Menfis que era un sepulcro, Alejandría, Babel del pensamiento humano, Cirene, lecho de los epicúreos, Utica donde murió el último romano, Cartago, restaurada por el genio cosmopolita de César; pueblos todos los que he enumerado que como pro-